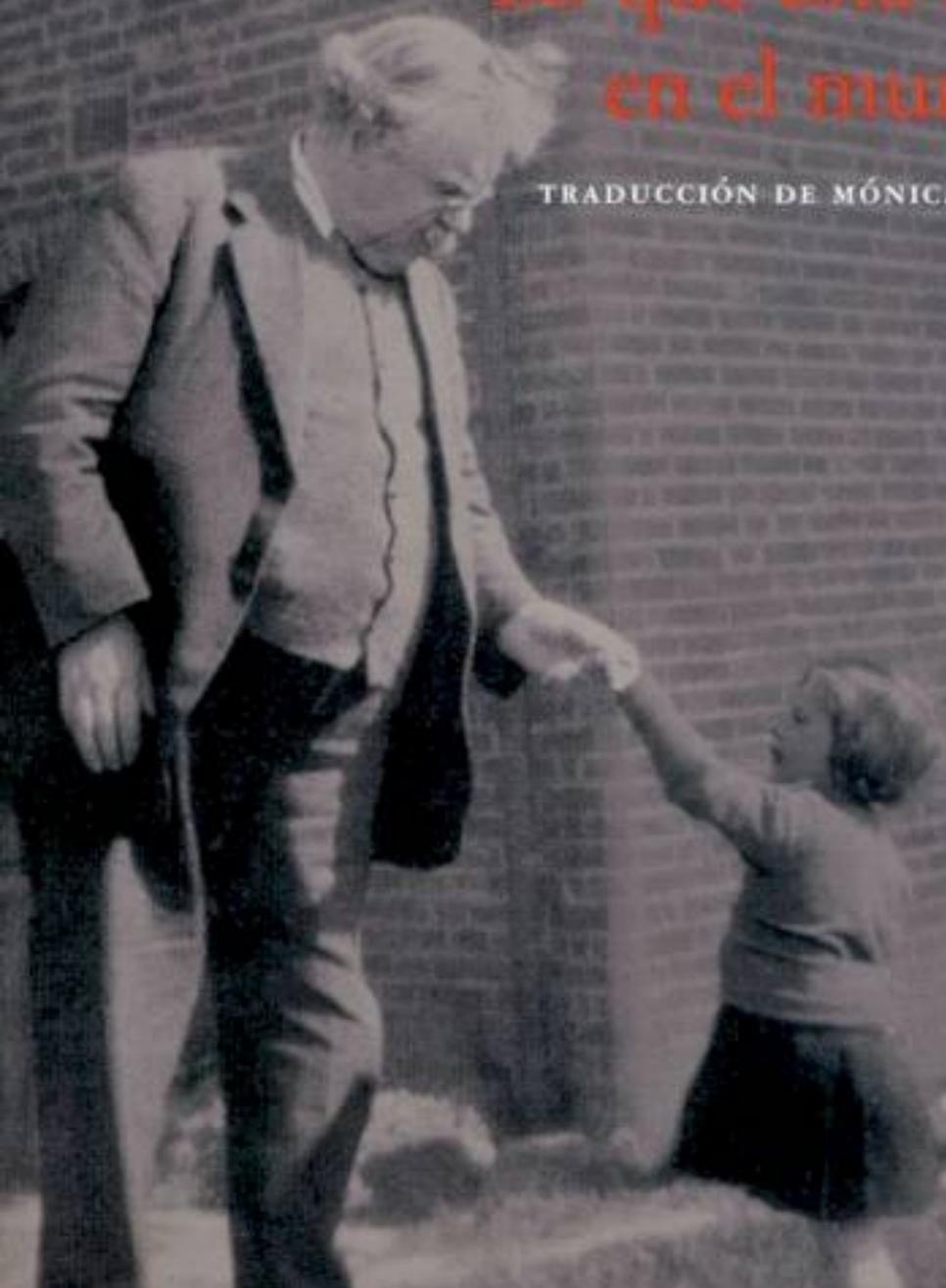


G. K. Chesterton

Lo que está mal  
en el mundo

TRADUCCIÓN DE MÓNICA RUBIO



«Todo libro de investigación social moderna tiene una estructura de algún modo muy definida. Empieza por regla general con un análisis, con estadísticas, tablas de población, la disminución de la delincuencia entre los congregacionistas, el crecimiento de la histeria entre los policías y otros hechos igualmente comprobados; acaba con un capítulo que normalmente se llama La solución. Suele deberse casi enteramente a este cuidadoso, sólido y científico método el hecho de que La solución nunca se encuentre, pues este esquema de preguntas y respuestas médicas es un disparate; el primer gran disparate de la sociología. Siempre debe declararse la enfermedad antes de que encontremos la cura. Pero es la entera definición y dignidad del hombre lo que, en cuestiones sociales, nos impone encontrar la cura antes de encontrar la enfermedad».

A C. F. G. Masterman  
Miembro del Parlamento

Mi querido Charles:

Llamé originalmente a este libro *Lo que está mal*, y hubiera satisfecho a tu irónico carácter advertir el gran número de malentendidos que surgieron del uso del título. Alguna dama educada que me visitaba abrió mucho los ojos cuando yo comenté tranquilamente: «Esta mañana he estado haciendo "Lo que está mal"». Y un ministro de la Iglesia se agitó inquieto en su silla cuando le dije (así, cuando menos, fue como él lo entendió) que tenía que subir y seguir haciendo un rato lo que estaba mal, pero que volvería a bajar enseguida. De qué oculto vicio me acusaban en silencio no puedo adivinarlo, pero sé de lo que me acuso a mí mismo: de haber escrito un libro informe y poco adecuado, y de valor demasiado escaso para dedicártelo a ti. En lo que se refiere a la literatura, lo que está mal es este libro, sin duda.

Puede parecer el colmo de la insolencia ofrecer una composición tan alocada a quien ha escrito dos o tres de las visiones más impresionantes de los millones de bulliciosos pobladores de Inglaterra. Eres el único hombre vivo que puede hacer que el mapa de Inglaterra hormiguee de vida; un logro de lo más espeluznante y envidiable. ¿Por qué entonces habría de molestarte yo con un libro que, aun

cuando logre su objetivo (cosa espantosamente improbable), no puede ser sino un sonoro galopar de teoría?

Bueno, lo hago en parte porque creo que los políticos no sois los peores destinatarios de unos cuantos ideales inconvenientes; pero sobre todo porque reconocerás las muchas discusiones que hemos mantenido, discusiones que las más encantadoras damas del mundo nunca pueden aguantar durante mucho tiempo. Y quizás estés de acuerdo conmigo en que el hilo de la camaradería y la conversación debe ser protegido por lo frívolo que es. Se lo debe considerar sagrado y no debe romperse porque no merece la pena volverlo a atar. Precisamente porque la discusión es ociosa, los hombres (me refiero a los varones) deben tomársela en serio; pues (creemos) hasta el día del juicio, ¿cuándo volveremos a tener tan deliciosas diferencias? Pero, sobre todo, deseo ofrecértelo porque no solo existe la camaradería, sino algo muy diferente llamado «amistad», un acuerdo que está por encima de todas las discusiones y un hilo que, quiéralo Dios, nunca se romperá.

Tuyo siempre,

G. K. CH.

**PARTE PRIMERA**

**LA FALTA DE HOGAR DEL HOMBRE**

## I

## EL ERROR MÉDICO

Todo libro de investigación social moderna tiene una estructura de algún modo muy definida. Empieza por regla general con un análisis, con estadísticas, tablas de población, la disminución de la delincuencia entre los congregacionistas, el crecimiento de la histeria entre los policías y otros hechos igualmente comprobados; acaba con un capítulo que normalmente se llama «La solución». Suele deberse casi enteramente a este cuidadoso, sólido y científico método el hecho de que «La solución» nunca se encuentre, pues este esquema de preguntas y respuestas médicas es un disparate; el primer gran disparate de la sociología. Siempre debe declararse la enfermedad antes de que encontremos la cura. Pero es la entera definición y dignidad del hombre lo que, en cuestiones sociales, nos impone encontrar la cura antes de encontrar la enfermedad.

Esta falacia es una de las cincuenta que proceden de la moderna obsesión por las metáforas biológicas o corporales. Se puede hablar del organismo social como se puede hablar del león británico. Pero Gran Bretaña no es ni un organismo ni un león. En el momento en que otorgamos a una nación la unidad y la simplicidad de un animal, empezamos a pensar de manera absurda. Que un hombre sea bípedo no quiere decir que cincuenta hombres sean un ciempiés. Esto ha dado lugar, por ejemplo, a la asombrosa ton-

tería de estar siempre hablando de «jóvenes naciones» y «naciones moribundas», como si una nación tuviera un ciclo de vida fijo y físico. Así, la gente dirá que España ha entrado en una senilidad definitiva; igualmente podrían decir que España está perdiendo todos sus dientes. O la gente dirá que Canadá va a generar pronto una literatura, lo cual es como decir que a Canadá pronto le crecerá un nuevo bigote. Las naciones están formadas por personas; la primera generación puede ser decrepita, o vigorosa la número mil. Aplicaciones semejantes de esa falacia las llevan a cabo los que ven en el tamaño creciente de las posesiones de cada nación un simple aumento de su sabiduría y de su categoría, y del favor de Dios y del hombre. Esa gente, sin duda, carece de sutileza al establecer el paralelismo con el cuerpo humano. Ni siquiera preguntan si un imperio está creciendo gracias a su juventud, o solo engordando debido a su vejez. Pero de todos los errores que surgen de esta fantasía física, el peor es el que tenemos ante nosotros: la manía de describir exhaustivamente una enfermedad social y después proponer un medicamento social.

Ahora bien, hablamos de enfermedad en caso de descomposición física, y ello por una muy buena razón. Porque, aunque pueda haber dudas acerca del modo en que el cuerpo se descompone, no hay duda alguna respecto al modo de recomponerlo. Ningún médico propone crear un nuevo tipo de hombre, con una nueva colocación de los ojos y los miembros. El hospital, si no le queda otro remedio, puede enviar a un hombre a casa con una pierna de menos, pero no le mandará (en un ataque de creatividad) con una pierna de más. La ciencia médica se contenta con el cuerpo humano normal, y solo trata de restaurarlo.

Pero la ciencia social no está satisfecha en absoluto con el alma humana normal; tiene toda clase de almas de fantasía a la venta. El hombre, en cuanto idealista social, dirá: «Estoy harto de ser puritano, quiero ser pagano», o «Más allá de este oscuro periodo de prueba del individualismo,

veo el brillante paraíso del colectivismo». Pero en las enfermedades del cuerpo no hay ninguna de estas discrepancias sobre el ideal definitivo. El paciente puede querer quinina o no, pero sin duda quiere sanar. Nadie dice: «Estoy harto de este dolor de cabeza, ahora me apetece un dolor de muelas», o «Lo único bueno para mejorar esta gripe rusa es un poco de sarampión alemán», o «A través de este oscuro periodo de catarro, veo el brillante paraíso del reumatismo». Pero, precisamente, la gran dificultad en nuestros problemas públicos es que algunos hombres pretenden imponer remedios que otros hombres contemplarían como la peor de las enfermedades; ofrecen como estados de salud unas condiciones definitivas que otros llamarían de buena gana estados de enfermedad. El señor Belloc<sup>[1]</sup> dijo una vez que nunca abandonaría la idea de la propiedad, del mismo modo que no estaba dispuesto a abandonar sus muelas; pero para el señor Bernard Shaw la propiedad no es una muela, sino un dolor de muelas. Lord Milner<sup>[2]</sup> intentó introducir sinceramente la eficiencia alemana; muchos de nosotros preferiríamos tener el sarampión alemán. El doctor Saleeby<sup>[3]</sup> es franco partidario del eugenismo; yo prefiero tener reumatismo.

Este es el hecho arrollador y dominante del discurso social moderno: que la disputa no se refiere solo a las dificultades, sino al objetivo. Estamos de acuerdo respecto del mal; es por el bien por lo que deberíamos arrancarnos los ojos. Todos admitiremos que una aristocracia perezosa es una mala cosa. En modo alguno admitiremos todos que una aristocracia activa sea algo bueno. A todos nos pone furiosos un clero no religioso; pero a algunos de nosotros nos indignaría uno realmente religioso. A todo el mundo le molesta que nuestro ejército sea débil, incluyendo a la gente que se indignaría aún más si fuera fuerte. El caso social es exactamente opuesto al caso médico. No estamos en desacuerdo, como los médicos, sobre la naturaleza exacta

de la enfermedad, pero estamos de acuerdo, como ellos, sobre la naturaleza de la salud. Por el contrario, todos estamos de acuerdo en que Inglaterra no tiene buena salud, pero la mitad de nosotros tampoco la vería sana si disfrutara de lo que la otra mitad llamaría «salud floreciente». Los abusos públicos son tan visibles y pestilentes que arrastran a toda la gente generosa hacia una especie de unanimidad ficticia. Olvidamos que, mientras estamos de acuerdo sobre los abusos, podemos diferir mucho en los usos. El señor Cadbury<sup>[4]</sup> y yo estaremos de acuerdo sobre las malas tabernas. Sería precisamente delante de las buenas donde tendría lugar nuestra triste gresca personal.

Por tanto, mantengo que el método sociológico común, el de diseccionar primero la abyecta pobreza o catalogar la prostitución, es bastante inútil. A todos nos disgusta la pobreza abyecta, pero si empezásemos a discutir sobre la pobreza independiente y dignificada, aparecerían las diferencias. Todos desaprobamos la prostitución, pero no todos aprobamos la pureza. El único modo de hablar sobre el mal social es llegar de inmediato al ideal social. Todos nos damos cuenta de la locura nacional, pero ¿cuál es la cordura nacional? He llamado a este libro *Lo que está mal en el mundo* y el resultado del título puede entenderse fácil y claramente. Lo que está mal es que no nos preguntamos qué está bien.

## II

**SE BUSCA UN HOMBRE  
POCO PRÁCTICO**

Hay un chiste filosófico popular que pretende tipificar las discusiones inútiles y eternas de los filósofos; me refiero al chiste sobre qué fue primero, si el huevo o la gallina. No estoy seguro de que, entendida debidamente, sea una pregunta tan fútil. No entraré aquí en esas profundas diferencias metafísicas y teológicas acerca de si el debate sobre el huevo y la gallina es de tipo frívolo, aunque muy oportuno. Los materialistas evolucionistas están debidamente representados en la visión de que todas las cosas proceden de un huevo, un lejano y monstruoso germen ovalado que se puso a sí mismo por casualidad. La otra escuela de pensamiento sobrenatural (a la que personalmente me adhiero) se acogería a la feliz idea de que este redondo mundo nuestro no es más que un huevo empollado por un sagrado pájaro no engendrado; la paloma mística de los profetas. Pero es para funciones mucho más humildes para las que apelo aquí al terrible poder de semejante distinción. Esté o no esté el pájaro vivo en el principio de nuestra cadena mental, es absolutamente necesario que esté al final de nuestra cadena mental. El pájaro es aquello a lo que debemos apuntar, no con un arma, sino con una varita mágica portadora de vida. Lo esencial en nuestra correcta manera

de pensar es esto: que el huevo y el pájaro no deben considerarse como acontecimientos cósmicos alternativamente recurrentes para siempre. No deben convertirse en un simple modelo repetitivo de huevo y ave, como el modelo repetitivo del óvolo en una greca ornamental. Uno es un medio y el otro es un fin; están en mundos mentales diferentes. Dejando a un lado las complicaciones de la mesa del desayuno, en un sentido elemental el huevo solo existe para producir a la gallina. Pero la gallina no solo existe para producir otro huevo. También puede existir para divertirse, para alabar a Dios, e incluso para sugerir ideas a un dramaturgo francés. Al ser una vida consciente, es, o puede ser, valiosa en sí misma. Pero nuestra moderna política está grávida de un sonoro olvido; se olvida de que la producción de esta vida feliz y consciente es después de todo el objetivo de todas las complejidades y compromisos. No hablamos más que de hombres útiles e instituciones que funcionan; esto es, solo pensamos en las gallinas como en cosas que ponen más huevos. En lugar de tratar de criar a nuestro pájaro ideal, como el águila de Zeus o el Cisne de Avon, o lo que queramos, hablamos en términos del proceso y del embrión. El proceso en sí mismo, divorciado de su objeto divino, se vuelve dudoso e incluso mórbido; entra veneno en el embrión de todo; y nuestra política se convierte en un montón de huevos podridos.

El idealismo solo consiste en considerarlo todo en su esencia práctica. El idealismo solo significa que debemos considerar un atizador como algo que sirve para atizar el fuego antes de hablar de si es adecuado para pegar a una mujer; deberíamos preguntar si un huevo es lo suficientemente bueno para la avicultura práctica antes de decidir que el huevo es lo bastante malo para la política práctica. Pero sé que este enfoque primario de la teoría (que no es más que apuntar al objetivo) le expone a uno a ser tristemente acusado de estar tocando el violín mientras arde Roma. Una escuela, representada por lord Rosebery<sup>[5]</sup>, se ha

esforzado por sustituir los ideales morales y sociales que, hasta ahora, habían sido motivo político, por una coherencia o plenitud general en el sistema social que se ha ganado el nombre de «eficiencia». No estoy muy seguro de cuál sea la doctrina secreta de esa secta sobre el asunto. Pero, por lo que puedo deducir, «eficiencia» significa que debemos descubrirlo todo sobre una máquina, salvo para qué sirve. Ha prosperado en nuestro tiempo la más singular de las suposiciones: aquella según la cual, cuando las cosas van muy mal, necesitamos un hombre práctico. Sería más acertado decir que cuando las cosas van muy mal, necesitamos un hombre no práctico. Ciertamente, al menos, necesitamos un teórico. Un hombre práctico significa un hombre acostumbrado a la simple práctica diaria, a la manera en que las cosas funcionan normalmente. Cuando las cosas no funcionan, has de tener al pensador, el hombre que posea cierta doctrina sobre por qué no funcionan. Está mal tocar el violín mientras arde Roma; pero está bastante bien estudiar la teoría hidráulica mientras arde Roma.

Debemos, pues, abandonar nuestro agnosticismo diario y tratar de *rerum cognoscere causas*. Si tu aeroplano tiene una ligera avería, un hombre mañoso puede arreglarlo. Pero si la avería es grave, es mucho más probable que nos veamos obligados a sacar a rastras de una facultad o laboratorio a un viejo profesor despistado con el pelo blanco despeinado para que analice el mal. Cuanto más complicada es la avería, más canoso y despistado deberá ser el teórico necesario para ocuparse de ella; y en algunos casos extremos, nadie sino el hombre (probablemente chiflado) que inventó tu nave voladora podrá decir seguramente qué le pasa.

La «eficiencia», naturalmente, es inútil por la misma razón por la que los hombres fuertes, la fuerza de voluntad y el Superhombre son inútiles. Es decir, es inútil porque solo se enfrenta a las acciones después de que estas hayan sido llevadas a cabo. No dispone de una filosofía para los inci-

dentés antes de que ocurran; por lo tanto, no tiene capacidad de elección. Un acto solo puede ser un éxito o un fracaso cuando ha acabado; si aún no ha empezado, puede ser, de manera abstracta, correcto o incorrecto. No cabe respaldar a un ganador, pues no puede ser un ganador si ha sido respaldado. No es posible luchar en el lado ganador; se lucha para averiguar cuál es el lado ganador. Si ha tenido lugar una operación, esa operación era eficiente. Un sol tropical es eficiente cuando vuelve a la gente perezosa igual que un capataz de Lancashire puede obligarla a ser enérgica. Maeterlinck es tan eficiente colmando a un hombre de extraños temblores espirituales como los señores Crosse y Blackwell<sup>[6]</sup> lo son colmando a un hombre de mermelada. Pero todo depende de aquello de lo que uno quiere estar lleno. Lord Rosebery, que es un escéptico moderno, prefiere probablemente los temblores espirituales. Yo, que soy un cristiano ortodoxo, prefiero la mermelada. Pero ambos hechos son eficientes cuando se han efectuado; e ineficientes hasta que han sido efectuados. Un hombre que piensa mucho en el éxito debe ser el más soñoliento de los sentimentales, pues debe estar siempre mirando hacia atrás. Si solo le gusta la victoria, siempre debe llegar tarde a la batalla. Para el hombre de acción no hay sino el idealismo.

Este ideal definitivo es un asunto mucho más urgente y práctico en nuestro actual problema inglés que cualquier plan o propuesta inmediata. Pues el caos actual se debe a una especie de olvido generalizado de aquello que todos los hombres pretendían. Ningún hombre pide lo que desea; cada hombre pide lo que imagina que puede conseguir. Pronto la gente olvida lo que el hombre quiso al principio y, tras una vida política triunfante y vigorosa, lo olvida él mismo. El conjunto es un extravagante cúmulo de platos recalentados, un pandemónium de males menores. Pero este tipo de flexibilidad no se limita a impedir cualquier heroica coherencia; también impide cualquier compromiso

realmente práctico. Solo se puede encontrar la distancia media entre dos puntos si los dos puntos permanecen quietos. Podemos organizar cualquier arreglo entre dos litigantes que no son capaces de conseguir lo que quieren, pero no podemos arreglar nada si ni siquiera nos dicen lo que desean. El dueño de un restaurante preferiría con mucho que cada cliente le hiciera su pedido con inteligencia, aunque fuera estofado de ibis o elefante cocido, en lugar de que cada cliente permaneciera sentado con la cabeza entre las manos, sumido en cálculos aritméticos sobre cuánta comida puede haber en el lugar. La mayoría de nosotros hemos tenido que soportar a cierto tipo de damas que, debido a su perversa generosidad, dan más problemas que las egoístas; que casi claman por el plato menos popular y pelean por el peor asiento. La mayoría de nosotros hemos conocido fiestas o expediciones llenas de esa hormigueante masa de autoanulación. Por motivos mucho más mezquinos que los de esas admirables mujeres, nuestros prácticos políticos mantienen las cosas sumidas en la misma confusión mediante la misma duda sobre sus demandas reales. No hay nada que dificulte tanto un acuerdo como una maraña de pequeñas concesiones. Nos vemos desconcertados por todas partes por políticos que están a favor de la educación laica, pero creen que es inútil luchar por ello; que desean el prohibicionismo total, pero están seguros de que no lo van a exigir; que lamentan la educación obligatoria, pero se resignan a ella; o que son partidarios del derecho de propiedad del campesinado y por tanto votan en contra. Es este oportunismo confuso y vago el que se atraviesa en cada revuelta del camino. Si nuestros hombres de Estado fueran visionarios, se podría llegar a hacer algo práctico. Si pedimos algo abstracto, podemos obtener algo concreto. De momento, no solo es imposible conseguir lo que se quiere, sino que es imposible conseguir siquiera una parte de ello, porque nadie puede señalarlo claramente como en un mapa. Esa cualidad clara e incluso dura que en-

contrábamos en la antigua costumbre del regateo ha desaparecido totalmente. Olvidamos que la palabra *compromiso* contiene, entre otras cosas, la rígida y sonora palabra *promesa*. La moderación no es vaga; es tan definida como la perfección. El punto medio es tan fijo como el punto extremo.

Si un pirata me hace caminar por la plancha, no sirve de nada que yo ofrezca, como compromiso de sentido común, recorrer un trecho razonable de ella. El pirata y yo diferimos precisamente sobre cuál es el trecho razonable. Hay una matemática y exquisita fracción de segundo en la que la plancha cede. Mi sentido común acaba justo antes de ese instante; el sentido común del pirata empieza justo más allá de él. Pero el propio punto es tan preciso como cualquier diagrama geométrico; tan abstracto como cualquier dogma teológico.